

los obispos que se mantenían en esta ciudad, y protestando el emperador y los obispos y príncipes de su partido contra la validez de lo que se definiera en Bolonia, hasta hacerlo declarar así por medio de un embajador imperial enviado á Roma (enero, 1548), á presencia del papa, de los cardenales y de los ministros extranjeros (1).

Amenazaba, pues, á la Iglesia un deplorable cisma: el pontífice no cedía en manera alguna; su nombre era odiado en Alemania, y no había que esperar que el cuerpo germánico se sometiera á las decisiones del concilio, mientras permaneciera en Bolonia, ciudad sujeta al papa, cuando tanto trabajo había costado que accediesen los alemanes á que se celebrara en Trento. En este conflicto, el emperador, que como protector de la Iglesia católica tenía muy graves deberes que llenar, y como jefe del imperio solemnes compromisos que cumplir; que conocía el espíritu del pueblo alemán; que tenía una completa esecision y quería dar á la cuestión religiosa el giro mas favorable posible en favor del catolicismo y sacar el partido mas ventajoso que permitían las circunstancias, discurrió, creemos que con la mejor fe, apelar á un medio conciliatorio, que fué el de hacer redactar un sistema de doctrina, al cual se hubieran de conformar los pueblos hasta la definitiva decisión de un concilio tal como se deseaba. Encomendó esta obra á tres insignes teólogos, Sflung, Helling y Agricola, los dos primeros católicos romanos, el tercero protestante. Conviniéron estos en las bases y reglas de la doctrina religiosa, á excepción de dos puntos que el protestante quiso conservar para los de su partido, á saber, el matrimonio de los clérigos y la comunión bajo las dos especies, reconociendo por lo demás la potestad del papa, la misa, y hasta el símbolo de la fe católica. Adoptó el emperador este escrito, cuyo título era: «Declaración de S. M. imperial y real, que determina cuál ha de ser la religion en el santo imperio romano hasta la celebracion de un concilio general.» Convocó la Dieta para el 15 de mayo (1548), é hizo dar lectura de él para su aprobacion. Este fué el famoso escrito conocido con el nombre de *Interim* (2).

Levantóse, apenas concluida la lectura, el arzobispo de Maguncia, presidente del colegio electoral, y dando las gracias al emperador á nombre de todos, declaró que quedaba aceptado el nuevo sistema de doctrina, y que haría guardar lo en él contenido, y el emperador lo tomó por aprobado, y disuelta la Dieta mandó publicar el *Interim* en latin y en alemán para su observancia. Pero engañáronse en esto el emperador y el arzobispo. Ambos partidos se pronunciaron con igual violencia contra la doctrina del documento: los protestantes, por las máximas papistas que en él se sentaban; los católicos por los puntos luteranos que se conservaban en él, y porque no reconocían autoridad en un lego para dictar reglamentos en materias de religion. Tomóse en la corte de Roma como una usurpacion de la potestad eclesiástica, y había quien hablaba de Carlos V como de Enrique VIII, y el papa confiaba en que habría de durar poco un sistema que todos atacaban y ninguno defendía.

Mandó á pesar de todo el emperador que se ejecutara y cumpliera el *Interim*. Pero halló una declarada resistencia en la mayor parte de los príncipes del imperio, aun en los mis-

(1) Tenemos á la vista copia sacada por nosotros del Archivo de Simancas, de la carta que este embajador dirigió á Carlos V, dándole cuenta de su entrevista y conferencia con el pontífice, ya sobre el negocio del concilio, ya sobre todos los demás asuntos pendientes (Negociado de Estado, legajo 875, fol. 2, Roma). Daremos por apéndice algunos de estos interesantes documentos para que pueda el lector formar idea de la energía de Carlos V y de sus agentes, y del modo como se trataban estas cosas entre el jefe de la Iglesia y del imperio.

(2) «Este fué el libro del *Interim* (dice nuestro obispo Sandoval), por el cual han querido calumniar tanto al emperador, y hacerle odioso y sospechoso en las cosas de la potestad del papa, diciendo que se metió en la jurisdiccion del pontífice romano, á quien tocaba el nombramiento de las personas que habían de hacer esto. Y dicen ellos bien, si el papa y sus obras fueran recibidas en Alemania, pero aun su nombre era mas que odioso, y jamás se acabara cosa con los alemanes por via del papa.... Lo cual (prosigue) el César como protector y defensor de la potestad apostólica, y capitán general de la Iglesia, pudo y debió hacer, cuando no bastaban las fuerzas del papa y se menospreciaban sus censuras.» Libro XXX, párr. 1.º

mos amigos suyos; y no hubo medio de reducir al elector de Sajonia, á quien retenía prisionero, no alcanzando ni promesas, ni amenazas, ni halagos, ni rigor, á doblegar la firmeza de aquel inflexible luterano. Mayor fué todavía la oposicion de las ciudades imperiales. Strasburgo, Constanza, Bremen, Magdeburgo y otras se negaron á admitirle. Propúsose Carlos hacerles respetar su autoridad, y usar de rigor con ellas. Marchó pues con las tropas españolas sobre Constanza, la combatió y rindió; obligó á sus habitantes á prestar juramento al *Interim*, y mudó su forma de gobierno. Ejecutó lo mismo en Augsburgo, en Ulm, en Spira, en Maguncia y en Colonia; y subyugadas así las ciudades de Alemania, bien que en los espíritus y en los corazones dejara concentrado el resentimiento, la indignación y el odio, volvió á los Países-Bajos (setiembre, 1548) para hacer recibir también el *Interim* á las ciudades flamencas, llevando consigo como trofeos los dos prisioneros príncipes, el de Sajonia y el de Hesse, al último de los cuales dejó encerrado en la fortaleza de Malinas con guardia española (3).

En Flandes supo el emperador que el concilio de Bolonia se había suspendido y prorogado indefinidamente, y que los prelados se habían disuelto y retirado. El pontífice Paulo había creído prudente tomar esta medida, atendido lo crítico de las circunstancias. El emperador, por el contrario, mandó á los obispos de su partido que permanecieran en Trento, donde esperaba que algun día continuarían las sesiones, y prevaleció de la conducta del papa para seguir tratándole con dureza, y representarle como un hombre que no quería cumplir con los deberes de su alta dignidad y oficio (4).

No había motivado el viaje de Carlos á Flandes el solo objeto de hacer aceptar la creencia interina á las ciudades renitentes de aquellos dominios. Tiempo hacia ya que su gota, sus dolencias, sus trabajos y padecimientos le habían hecho pensar, segun hemos indicado, en hacer reconocer á su hijo Felipe por los Estados de Flandes como su legitimo heredero. Llamóle ahora allá, y aun envió al duque de Alba á buscarle, escribiendo al propio efecto á los nobles y ciudades de Castilla y de Aragon. En su virtud partió el príncipe de Valladolid (1.º de octubre, 1548), dejando por gobernadores de España al archiduque Maximiliano de Austria y á su hermana doña María, que acababan de casarse, y era el de Austria su primo recién llegado. Embarcóse Felipe (19 de octubre) con magnífico y brillante cortejo en las galeras de Andrés Doria. Desembarcó en Génova, fué á Milan, atravesó una parte de Alemania, siendo en todas partes recibido con tales agasajos y festejos cuales rara vez se habían hecho á príncipe alguno, y así llegó á los Países-Bajos, donde le dejaremos por ahora para dar cuenta de otros sucesos.

### CAPÍTULO XXVIII

Carlos V y Mauricio de Sajonia

DE 1548 Á 1552

Guerra de Parma y Plasencia.—Octavio Farnesio.—Muerte del papa Paulo III.—Eleccion de Julio III.—Convoca de nuevo el concilio de Trento.—Dieta de Augsburgo y lo que se trató en ella.—El duque Mauricio de Sajonia.—Misteriosa y artera política de este príncipe.— Favorece y persigue á un tiempo á católicos y protestantes.—Engaña y entretiene al emperador y á los confederados.—Segunda apertura del concilio de Trento.—Protesta del rey de Francia en el concilio.—Guerra de Parma entre el papa, el emperador, el rey de Francia y Octavio Farnesio.—Refuerza el emperador el concilio.—Traslada Carlos su residencia á Inspruck.—El duque Mauricio se confedera con el rey de Francia contra el emperador, y conquista la ciudad de Magdeburgo para Carlos V.—Tenebrosa y sagaz política del duque.—Arroja la máscara y se hace el jefe de los protestantes.—Apuro en que pone al emperador.—Desastrosa fuga de Carlos V.—Ejército francés en Alemania.—Conferencias del duque Mauricio y el rey Fernando.—Terror de los padres del concilio: se disuelve y se proroga.—Situacion del emperador.—Se ve obligado á transigir con Mauricio de Sajonia.—Tratado de Passau, favorable á los protestantes.—Decadencia del emperador.—Reflexiones.

Mientras el príncipe don Felipe de España, hijo de Carlos V,

(3) Las únicas ciudades imperiales de consideracion que no se sometieron á la voluntad de Carlos en lo del *Interim*, fueron Magdeburgo, Bremen, Hamburgo y Lubeck.

(4) Conocido ya por algunos documentos que hemos citado el lengua-

era reconocido y jurado por las ciudades y villas de Flandes como legitimo heredero y sucesor de su padre en aquellos Estados, y mientras él visitaba los dominios que un día había de regir, agasajado por los flamencos, como mas detenidamente diremos en otro lugar, dos graves cuestiones seguían agitando entre el papa Paulo III y el emperador Carlos V: la de la continuacion del concilio de Trento en que el emperador se empeñaba y el pontífice resistía, y la de la restitucion de los Estados de Parma y Plasencia que el papa pedía con empeño y el emperador negaba con obstinacion (1548 y 1549).

La alianza del pontífice con el nuevo monarca francés Enrique II, hijo de Francisco I, no había producido para el jefe de la Iglesia sino buenas palabras y ofrecimientos de parte de aquel soberano, pero no auxilios positivos y eficaces. En su vista resolvió obrar por sí mismo, y para privar al emperador de la posesion de Plasencia, en que no había conseguido hacerle aflojar, determinó revocar la cesion que de aquellos Estados había hecho á favor de su hijo Pedro Luis Farnesio, el asesinado, y devolverlos á la Santa Sede, indemnizando á Octavio, su nieto, con otras posesiones en el patrimonio de la Iglesia. Ofendido el jóven Octavio de verse así privado por su mismo abuelo de unos Estados que contaba heredar, intentó apoderarse por sorpresa de Parma (octubre, 1549), y como no pudiese lograrlo por la resistencia que encontró, con la arrebataza ligereza de un jóven ambicioso y resentido se echó en brazos del emperador su suegro, haciendo renuncia de lo que no tenía, para alcanzar por gracia lo que no le permitían tomar ni por herencia ni por fuerza. Esta conducta de Octavio irritó tanto al anciano pontífice que prorumpió en las mas amargas imprecaciones contra su nieto, no hallando palabras bastante fuertes con que denigrar tal accion y con que desahogar su enojo. Y si el disgusto y la incomodidad que le produjo no le ocasionó la muerte, como algunos escritores han dicho, pudo por lo menos contribuir á ella, puesto que á los pocos dias de aquel suceso falleció el pontífice Paulo III (10 de noviembre, 1549), á los ochenta y dos años de edad y mas de quince de pontificado (1).

Difirióse algun tiempo la eleccion de nuevo pontífice á causa de los partidos ó facciones (así las nombran) en que estaba dividido el conclave, á saber: de imperiales, de franceses y de Farnesios. Al fin, despues de largos debates quedó proclamado el cardenal Juan Maria del Monte (7 de febrero, 1550), presidente que había sido del concilio de Trento en calidad de legado, y el cual tomó el nombre de Julio III. Habían convenido los cardenales en el conclave en que cualquiera que fuese electo restablecería á Octavio Farnesio en el ducado de Parma y de Plasencia, y Julio III lo cumplió así con gran beneplácito de todos. ¡Ojalá lo que ganó con esta accion, y con los recursos que proporcionó para socorrer á los pobres en aquel año, que lo fué de miseria para Roma, no lo hubiera perdido con dar el primer capelo de cardenal á Inocencio del Monte, su sobrino adoptivo, jóven de diez y seis años, sin ciencia, sin talento, y hasta sin buenas costumbres, cosa que produjo general disgusto y escándalo (2).

Pensando de diferente manera que su antecesor en lo relativo al concilio y consultado el colegio de cardenales, expidió bula convocatoria (14 de marzo, 1550), para su continuacion en Trento, nombrando presidente al cardenal Marcelo Crescenzi, y dándole por adjuntos en calidad de nuncios á los

je que el emperador solía usar en las quejas del pontífice, creemos innecesario añadir otros en que le trataba con la misma ó mayor acritud.

(1) Pallavicini y Paolo Sarpi, en sus Historias del concilio de Trento.—Adriani, *Istor. di suoi tempi*, lib. VII.—Carta del cardenal de Ferrara al rey Enrique II de Francia.—Ribier, *Memoir*.—«Murió, dice el obispo Sandoval, sin tener un cojin (siendo riquísimo) sobre que le pusiesen la cabeza sus lacayos, cuando le llevaban muerto al palacio sacro: cosa digna de notar, no porque un cuerpo muerto haya menester almohadas, sino por lo que requería la dignidad. Guíalo Dios así para nuestro ejemplo y consuelo, porque era este pontífice muy pulido y regalado... Tuvo al emperador mas miedo que amor... en el alma tenía la flor de lis, codició demasiado lo de Parma y Plasencia y quiso comprar á Milan.» Lib. XXX, párrafo 9.

(2) Novaes, cit. por Artaud de Montor, *Hist. de los Romanos Pontífices*.—Pallavicini, *Hist. del Conc. de Trento*.—Vargas, *Cartas y Memorias tocantes al concilio de Trento*.

obispos Pighini y Lipomani. Un dia antes de la expedicion de esta bula había el emperador escrito desde Bruselas á los príncipes y ciudades de Alemania convocando la Dieta imperial para el 25 de junio en Augsburgo, á fin de hacer ejecutar el *Interim* y reconocer el concilio, y al aproximarse aquella época partió allá acompañado de su hijo Felipe, ya con la buena nueva de la convocacion del concilio hecha por el pontífice. El 26 de julio muchos no habían concurrido todavía á la Dieta, sabedores del objeto con que eran llamados. Pero no fué esta la principal dificultad que halló el emperador, sino otra mas inesperada. El duque Mauricio, elector ya de Sajonia, y el mas poderoso príncipe de Alemania, el favorecido y el favorecedor del César, el que siendo tan luterano como el que mas, había sido el mas activo auxiliar de Carlos V contra los protestantes, el que había obtenido por él el ducado de Sajonia y la mano de la hija de su hermano, quiso dar ya otro giro á su política, y así como antes ayudó al emperador contra los reformistas, siendo él luterano, así ahora decidió dar auxilio á los protestantes pareciendo imperial. Movianle á esta mudanza las severas acusaciones que por su anterior conducta le hacia toda la Alemania protestante, los terribles cargos que le dirigía el landgrave de Hesse su suegro, de haberle vendido y sacrificado á las iras del emperador, de no haber cumplido su compromiso de alcanzarle la libertad, ni entrebata en caso contrario prisionero de sus hijos, segun había ofrecido. Quería por otra parte atajar el inmenso poder del emperador, y le halagaba la risueña perspectiva de ser el libertador de la Alemania poniéndose á la cabeza de la liga protestante.

El plan era atrevido, y para llevarle á cabo se propuso seguir una política tan astuta, mañosa y taimada como era menester para no romper al pronto ni con el emperador ni con los protestantes, y conservarse en buen lugar con el uno y con los otros; política de que solo Mauricio hubiera sido capaz, y es uno de los mas curiosos y notables episodios de la historia de la reforma. Comenzó por dar gusto al emperador haciendo aceptar el *Interim* en Sajonia, y para neutralizar la mala impresion que esto hiciera en los protestantes, publicó una declaración ensalzando la religion reformada y prometiendo defenderla contra las usurpaciones de Roma. Conociendo cuán desagradable habría de ser semejante manifestacion á Carlos, le halagó á su vez comprometiéndose con él á sujetar la ciudad de Magdeburgo, que se resistía á admitir el *Interim*, y procedió á levantar tropas al efecto. Con esto se hizo otra vez Mauricio objeto de animadversion para los reformadores, que de palabra y por escrito le calificaban de desleal y le acusaban de traidor. Para acallar tales acusaciones tuvo el arrojo de escribir al emperador diciendo, que ni él ni sus Estados reconocerían el concilio mientras el papa no renunciara á presidirle por sí ó por su legado, no teniendo en él mas autoridad que la de otro obispo, y mientras no diera seguro á los teólogos protestantes para ir á Trento, y exponer libremente sus doctrinas y dar con libertad su voto. Y al tiempo que esto hacia preparaba sus tropas para atacar á Magdeburgo y someterla al emperador.

¿A dónde marchaba Mauricio de Sajonia con tan ambigua, problemática y misteriosa conducta? Nadie lo sabía, aunque algunos lo sospecharan. Pero necesitábanle todos, y todos sufrían sus contradicciones con la esperanza de contar con él. Es lo cierto, que el emperador por su parte impuso de tal modo á la Dieta, que la asamblea accedió á darle auxilios para sujetar la ciudad rebelde de Magdeburgo, y que la Dieta misma pidió que se diera el mando del ejército á Mauricio de Sajonia, que el emperador aplaudió el acierto de la propuesta, y que Mauricio aceptó sin vacilar un nombramiento en que veía realizada la primera parte de sus planes.

En este tiempo, el landgrave de Hesse, que llevaba con extremada impaciencia su prolongado cautiverio, mandó á sus hijos que con todas las formalidades de la ley intimaran al duque Mauricio y al margrave de Brandeburg cumplieran el empeño solememente contraído de darse á ellos en prision, una vez que no le alcanzaban á él la libertad segun eran obligados. Redoblaron con tal motivo aquellos dos príncipes sus instancias al emperador en favor del landgrave. Pero Carlos,



inflexible en este punto, discurrió libertarse de las importunidades de los mediadores, publicando una pragmática en que por sí y por autoridad propia los daba por relevados de la obligación que tenían hecha con el príncipe prisionero. Causó esta medida general escándalo, porque nadie había imaginado que la soberanía de su autoridad alcanzara á dispensar ó anular las obligaciones de honor contraídas entre particulares. Desesperanzado ya el landgrave de recobrar su apetecida libertad por los medios legítimos, apeló á la astucia y al soborno. Ganado tenía ya un soldado español de su guardia, pero entendiéronlo á tiempo los demás españoles sus compañeros, y el infeliz seducido sufrió la pena de ser pasado por las armas. No cupo mejor suerte á dos caballeros alemanes que despues intentaron sustraerle de la cárcel, y el fruto de todas estas tentativas fué estrechar la prision del príncipe y tratarle con mas dureza y rigor.

La segunda apertura del concilio de Trento, por dilaciones que habian ocurrido en la bula convocatoria, habia de verificarse y se verificó el 1.º de mayo (1551), y lisonjeaba al emperador la esperanza de que seria el camino de uniformar la religion de Alemania y de restablecer el culto católico en el imperio. Aun muchos prelados no pudieron concurrir al concilio para aquel dia, á causa de la guerra que habia estallado de nuevo en el ducado de Parma, manzana de discordia entre el emperador, el papa, el príncipe Octavio Farnesio y el rey Enrique II de Francia: que no tuvo grandes resultados, pero que entorpeció la ida de muchos prelados al concilio, y que dió pretexto al rey de Francia para enviar á Trento un embajador que protestara de la legitimidad y validez de una asamblea reunida en tales circunstancias, y en que faltaban los prelados de una nacion tan grande como la francesa. Así Enrique II por debilitar el poder de Carlos V se hacia fautor de los herejes, siguiendo en esto el funesto ejemplo de su padre (1). Esto mismo movió al emperador á hacer respetar mas el concilio y á protegerle con mas decision y empeño. Hizo que concurriera mayor número de prelados, mandó que fueran sus embajadores, los de su hermano, los de los electores eclesiásticos del imperio, y hasta dió salvoconducto á los teólogos de los príncipes protestantes. El concilio siguió haciendo luminosos y sabios decretos y cánones en la comenzada materia de sacramentos, y animado con esto Carlos V tomó medidas mas rigurosas contra los protestantes, les prohibió predicar en las ciudades imperiales doctrinas contrarias al dogma de la Iglesia romana, y abolió en toda la provincia de Suabia el culto reformado, haciendo que los pueblos asistieran á las ceremonias religiosas practicadas por sacerdotes católicos (setiembre y octubre, 1551). Para estar cerca de Trento y de Italia, y atender á la vez á lo del concilio, á la guerra de Parma y á los negocios del imperio, partió para Inspruck en el Tirol, y fijó su residencia en esta ciudad (2).

Prolongábase el cerco que los imperiales, con el duque Mauricio á su cabeza, tenían puesto á la rebelde ciudad de Magdeburgo. La guarnición y los habitantes, mandados y dirigidos por el conde Alberto de Mansfeldt, se defendían con todo el vigor que inspiran el celo religioso y el amor á la libertad. En una de sus salidas hicieron prisionero al duque Jorge de Mecklemburgo, que siendo luterano peleaba en favor de Carlos V y de los católicos, con la esperanza de que el emperador le premiara con el territorio y señorío de Magdeburgo, al modo que habia premiado al duque Mauricio, luterano tambien, con el señorío y electorado de Sajonia; que tal era la conciencia

(1) Enrique II decia que no podia considerar el concilio como ecuménico, sino como una asamblea particular, y en su carta empleaba, no sin malicia, la palabra *conventus* en vez de *concilium*.

Las dos sesiones que se habian tenido en Bolonia se consideraron como preparatorias de las que en este segundo período se continuaron en Trento. La 11.ª se tuvo el 1.º de marzo (1551), la 12.ª el 1.º de setiembre, y la 13.ª el 11 de octubre.

(2) Los embajadores del emperador eran don Francisco Alvarez de Toledo, español, y el arcediano de Liege, flamenco. Además envió de embajador á Roma (7 de setiembre) desde Augsburgo para tratar con el papa, á don Juan Manrique de Lara, hijo de los duques de Nájera.

Asistieron al concilio de Trento en este segundo período cuarenta españoles, entre obispos, abades y teólogos.

religiosa de aquellos celosos protestantes, que no escrupulizaban en hacer armas contra sus propios correligionarios, con tal que á la sombra de las banderas católicas se prometieran engrandecimiento y medros.

Aunque el duque Mauricio pudo apoderarse mucho antes de una ciudad en que se hacían ya sentir los rigores del hambre, alargó el sitio hasta el punto que ya no podia diferirle mas sin hacerse sospechoso al emperador. Las causas de esta flojedad y de esta lentitud las diremos luego. Al fin despues de un año de cerco se rindió Magdeburgo (3 de noviembre, 1551), bajo las bases de implorar la clemencia del emperador, de no volver á tomar las armas contra la casa de Austria, de reconocer la autoridad de la cámara imperial, de obedecer los decretos de la Dieta de Augsburgo tocantes á la religion, de dar libertad al duque de Mecklemburgo, de pagar una multa de cincuenta mil coronas, y otras semejantes á las de las demás ciudades rendidas (3). El emperador aprobó y ratificó sin vacilar las capitulaciones, no obstante la sentencia antes pronunciada contra la ciudad, y á pesar de la extrañeza con que debió ver que los habitantes y el senado confirieron la dignidad de burgrave, ó sea la autoridad suprema, á aquel mismo Mauricio que acababa de hacerles sufrir los horrores de un largo sitio, y contra el cual se habian desatado poco antes en invectivas y denuestos, tratándole como á apóstata y traidor. Condúcenos esto á explicar la misteriosa conducta del de Sajonia antes y despues del sitio, y aquí empieza á revelarse la política taimada y ladina de este hombre singular, tan funesto antes á los reformados como despues á los católicos.

Siguiendo Mauricio sus tenebrosos planes, habia tenido, durante el cerco, secretas conferencias con el gobernador de la ciudad conde de Mansfeldt, revelándole su pensamiento de atajar los vuelos al inmenso poder del emperador y de restituir su fuerza y sus privilegios al cuerpo germánico, y ofreciéndole que los habitantes de Magdeburgo no serian privados de sus libertades ni perturbados en el ejercicio de su religion. De aquí la templanza por una parte en las condiciones de la capitulacion, y por otra la deferencia de investir al conquistador con la autoridad superior de la ciudad. Dueño Mauricio de Magdeburgo, su dificultad era continuar al frente de todas las tropas sin infundir recelos á Carlos V. Para esto discurrió un artificio ingenioso. Pagó una parte de sus sueldos á los mercenarios sajones, y les permitió regresar á sus casas; pero puesto de acuerdo con el duque de Mecklemburgo, que sabia no ser sospechoso al emperador, aquellos soldados fueron de nuevo reenganchados por este, con lo cual tenía á su disposición aquellas tropas para cuando las necesitase, segun convenio, sin aparecer que continuaban á sus órdenes.

Para distraer mas al emperador, mientras él se daba tiempo para acabar de madurar sus planes, conociendo que la atencion y el afán de Carlos se cifraban entonces principalmente en lo del concilio, por una parte envió á Trento sus embajadores, y por otra encargó á los teólogos protestantes, y principalmente á Melancton, el mas distinguido y sabio de entre ellos, que redactaran una profesion de fe para proponerla en aquella asamblea. Con mucha destreza hizo promover la cuestion acerca del salvoconducto que se habia de dar á los teólogos y representantes de los príncipes luteranos, sabiendo, como en efecto sucedió, que habian de enredarse disputas entre el emperador, los legados del pontífice y los príncipes protestantes sobre la forma de los salvoconductos, y que se habian de interponer reparos, modificaciones y protestas, como así aconteció; todo lo cual entretenía y ocupaba grandemente al emperador en Inspruck, con no poco gozo del intrigante y artificioso Mauricio, disimulado autor de aquellos enredos. A tal punto llevó su astucia y su doblez, que cuando estaba ya confederado con el mayor enemigo del emperador, alquiló una casa en Inspruck, y la mandaba amueblar, diciendo cada dia al emperador que pensaba ir allá para vivir mas cerca de su persona (4).

(3) Arnold. Vita Maurit.—Descript. Obsidionis Magdeb. apud Scard. lib. II.

(4) En este tiempo habia vuelto ya á enviar Carlos V su hijo Felipe á España con nuevos poderes para gobernar; mas de esto hablaremos cuan-

Aprovechó, pues, el sagaz Mauricio estas distracciones de Carlos y los padecimientos de la gota que le aquejaban para aliarse secretamente, como lo hacia todo, con quien sabia estar mas dispuesto á ser enemigo del emperador, como el mas envidioso de su poder, y como quien habia recibido la emulacion y la rivalidad por herencia, á saber, Enrique II de Francia, que ya en Parma y en el Piamonte habia mostrado bien su animosidad á Carlos V. En este tratado se cuidó con mucha cautela de no motivar la alianza en causas de religion, á fin de no aparecer el rey cristianísimo como amigo y protector de los herejes, sino dar por objeto á la confederacion la libertad del landgrave de Hesse y restituir á su anterior estado la constitucion y las leyes del imperio. Concertóse que los dos aliados declararían simultáneamente la guerra al emperador, habiéndole de entrar el francés con poderoso ejército por la Lorena: no se haria paz ni tregua sin que en ella consintieran y entraran todos los confederados: el jefe del ejército de la confederacion seria Mauricio de Sajonia: Enrique de Francia daria doscientas cuarenta mil coronas por una vez para los gastos de guerra, y setenta mil mensuales despues todo el tiempo que durase la campaña (octubre, 1551). Tan léjos fueron en sus planes que hasta pactaron que en el caso de creer conveniente elegir otro emperador, este habia de ser á gusto y del agrado del rey de Francia (1).

Dado este paso, que mantuvo secreto aun á los mismos príncipes que habian de entrar en la liga, faltábale justificar el rompimiento que meditaba. Dábale excelentes ocasiones para esto la injusta cautividad en que Carlos V tenia al landgrave. Abogar con empeño y energia por su libertad era defender una causa popular en Alemania. Así que le fué fácil interesar á los príncipes del imperio, al rey de Dinamarca y al hermano mismo del emperador, á que apoyaran y esforzaran el mensaje solemne y fuertemente razonado que dirigió al emperador en demanda de que pusiera término al cautiverio del landgrave. Sin duda le constaba á Mauricio, ó suponía al menos que habia de encontrar á Carlos inexorable en este punto. La respuesta del César lo confirmó así, y el astuto sajón logró su objeto de hacer ver de una manera ostensible que no habia otro medio que el de la fuerza para arrancar á Carlos un acto de justicia.

Tan ilimitada era la confianza que Carlos tenia en Mauricio, y tal la afición que le profesaba, que aunque recibió un aviso formal previniéndole que se guardara del príncipe sajón, no rebajó un átomo su intimidad, contestó que no podia creer en una ingratitud, y continuó sin darse por entendido. Tambien al duque de Alba, hombre de suyo caviloso y suspicaz, se le hicieron sospechosos los misteriosos manejos del de Sajonia, y así se lo manifestó al obispo Granvela, primer ministro de Carlos; pero el ministro prelado, que creia no ignorar ninguno de los pasos del elector por medio de dos espías con quienes se comunicaba, despreció la advertencia del general español, sin imaginar que Mauricio le estaba engañando y entreteniendo con aquellos mismos espías, fingiendo ignorar su trato, y burlando así una sagacidad con otra sagacidad mayor. De esta manera logró Mauricio llegar al término de sus preparativos y tenerlo todo en sazón, sin que se traslucieran, ó por lo menos sin que se revelaran sus designios; cosa admirable y rara en negocios y tramas que últimamente tuvo ya que confiar á muchos (2).

Cuando llegó el momento de obrar, anunció que iba á Inspruck en cumplimiento de lo que tantas veces habia ofrecido. En el camino fingió sentirse fatigado, y envió delante su confidente á avisar al emperador el motivo de su retraso y que estaria en Inspruck dentro de unos dias. Mas apenas habia aquel partido montó á caballo, dirigióse á la Thuringia, se in-

do tratemos determinadamente de este príncipe y de su gobierno en España.

(1) Dumont, Corps Diplomatiq., t. II.—Sandoval, lib. XXI, n.º 13.—Robertson, lib. X.—Ávila y Zuñiga, Comentar.

(2) Entraban en la liga, además de los dos autores del convenio, Augusto, hermano de Mauricio, los hijos de los dos príncipes presos, el antiguo elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, el duque de Luneburgo, el marqués de Brandeburg, el duque Jorge de Mecklemburgo, y otros muchos barones y señores alemanes.

corporó y puso al frente del ejército que allí tenia preparado, arrojó la máscara y publicó un manifiesto en que decia, que tomaba las armas contra el emperador para rescatar al landgrave de la indefinida cautividad en que gemia, para defender la libertad de conciencia y restablecer las libertades políticas del pueblo alemán (marzo, 1552). Tambien dieron sus manifiestos el margrave Alberto de Brandeburg y Enrique II de Francia: este último se apellidaba *Protector de las libertades de Alemania y de sus cautivos príncipes*. Hacíase cargo y se acusaba á Carlos V de haber confiado el sello del imperio á un extranjero que no conocía ni la lengua ni las leyes del país, el obispo Granvela; de haber llevado al imperio tropas extranjeras que saqueaban y maltrataban á los naturales; de su predileccion hacia los españoles y flamencos; de la servidumbre, en fin, en que queria tener la Alemania. De estos cargos algunos eran exagerados ó injustos: mas de todos modos vió Carlos V reproducidas en Alemania quejas semejantes, y alzamientos parecidos á los que treinta años antes habia provocado, bien que con mayor fundamento, en Castilla.

Tan desapercibido se hallaba el emperador, tan ajeno estaba de suponer en Mauricio tal deslealtad y tan ingrata correspondencia á los favores y distinciones que le habia prodigado, tan diseminadas tenia sus fuerzas en Italia y en Hungría, y tan inesperado fué para él este golpe, que cuando empezó á volver del primer asombro ya Mauricio con una actividad prodigiosa se habia apoderado de algunas ciudades de la alta Alemania, repuesto en ellas el culto y los ministros y magistrados protestantes, y avanzado con admirable audacia á Augsburgo, de cuya ciudad se posesionó tambien, habiéndose retirado, por no creerse bastante fuerte para esperarle, la guarnición imperial (1.º de abril, 1552). Carlos V, el monarca entonces mas poderoso del mundo, se encontró en Inspruck sin dinero y casi sin tropas, pues apenas tenia las necesarias para la guarda de su persona, y en peligro de verse envuelto por uno de sus muchos vasallos, que le debia todo lo que era. En tal situacion valióse de su hermano Fernando para que negociara con Mauricio, y este, á quien convenia entreteener apareciendo ser él el entretenido, accedió á tener una entrevista con Fernando en Lentz, ciudad de Austria, dejando en tanto encomendado el ejército á Alberto de Mecklemburgo, que en verdad no hizo otra cosa que devastar el país llano, conduciéndose menos como jefe de un ejército regular que como caudillo de bandas de incendiarios y de ladrones.

Mas al propio tiempo, Enrique II de Francia, en ejecucion del tratado, avanzaba con poderoso ejército por la parte de Lorena. Una enfermedad peligrosa de la reina Catalina obligó á Enrique á volver á Francia, dejando el mando superior de las tropas al antiguo condestable de Montmorency, desterrado por Francisco I y repuesto en la real gracia por su hijo Enrique. Prosiguió el condestable su marcha, y cuando el monarca francés, mejorada la reina su esposa, volvió á incorporarse al ejército expedicionario, ya el condestable le tenia ganadas las ciudades de Toul, Verdun y Metz, esta última, la mas importante y la mas fuerte de la Lorena, en la cual habia entrado por astucia y engaño suyo y por traicion de una parte de sus moradores. Desde Metz avanzaron ya juntos el rey y el condestable hacia la Alsacia, donde intentaron en vano apoderarse de varias ciudades por los mismos medios que con tan buen éxito habian empleado en Metz.

La conferencia entre Fernando y Mauricio no habia dado otro fruto que acordar otra entrevista para el 26 de mayo en Passau, y una tregua que duraria dos semanas despues. Pero el activo y sagaz Mauricio, aprovechando el intervalo que Fernando tuvo de la imprudente prevision de dejar entre el 9 y el 26 de mayo, salió apresuradamente de Suabia, volvió á ponerse al frente del ejército, marchó con una celeridad extraordinaria en soldados alemanes, se apoderó de Ehremsberg, fuerte castillo situado sobre una escarpada roca, cayó sobre el Tirol cuando menos podia esperarsele, y á no haberle embarazado la sublevacion de unas compañías de mercenarios que le costó trabajo apaciguar, hubiera tal vez sorprendido al emperador en Inspruck, y héchose quizá dueño de su persona. Cuando llegó Mauricio á Inspruck, no hacia sino unas



horas que había partido el emperador. Aquel Carlos V que acababa de subyugar la Alemania, y cuyo inmenso poder tenía poco antes asombrado el mundo, había tenido que huir de Inspruck en una noche lóbrega y tempestuosa, llevado en una litera, porque la gota no le permitía marchar de otro modo, con los caballeros de su corte, á caballo unos y á pié otros, teniendo que franquear las montañas del Tirol por veredas desconocidas alumbrándole con hachas de viento sus criados. De esta manera llegó Carlos V atravesando ásperas montañas á Villach, pequeña ciudad de Iliria (1). Mauricio, su perseguidor, después de repartir entre sus soldados el botín cogido en Inspruck, regresó á Passau para celebrar su conferencia con el rey Fernando el día convenido.

Consternados también los padres del concilio de Trento con tan inopinada guerra, desertándose cada día, ó por temor ó por disgusto, los prelados alemanes, y no pensando ya cada cual sino en su seguridad propia, propúsose una suspensión y se aprobó en sesión general (28 de abril, 1552), aplazándose la reunión para dentro de dos años, ó para antes, si antes cesaba la guerra y se restablecía el sosiego. Esta decisión, á la cual solo se opusieron los prelados españoles, que opinaban por permanecer en Trento arrojando todos los peligros, se tomó antes que comenzaran las conferencias con los protestantes (2).

No habían correspondido los progresos de los franceses en Alsacia á los que en el principio habían hecho en la Lorena. Las ciudades se fortificaban y les resistían en vez de franquearseles: Strasburgo anduvo cauta en no permitirles el paso: los electores de Tréveris y de Colonia, el duque de Cleves, los cantones suizos advertían á Enrique que no se olvidara de que iba como protector, no como opresor de Alemania, y le decían que no pasara adelante: la reina de Hungría, gobernadora de Flandes, había levantado un ejército de cerca de veinte mil hombres, que al mando de Martín Van Rossen penetró y andaba talando la Champaña: escaseaban á las tropas francesas los viveres, y todo esto obligó al de Francia á retroceder, y á llevar sus estragos al Luxemburgo, no sin que antes, satisfaciendo un pueril orgullo, mandara que llevaran los caballos á beber en el Rhin, como quien hacía alarde de haber llevado sus armas hasta las márgenes de aquel río.

A esto se habían reducido las operaciones que con tanta arrogancia emprendiera el francés con el pomposo título de protector y libertador: así como por su parte, el marqués de Brandeburg, que mandaba un cuerpo de ocho mil hombres, no había hecho otra cosa, según indicamos, que devastar y aniquilar las comarcas que corría, aterrar y saquear las poblaciones, descargar un furor bárbaro sobre los eclesiásticos adictos al papa, y desacreditar con sus vandálicas excursiones aquella moral y aquella tolerancia de que querían blasonar los protestantes.

Verificábanse en tanto las concertadas conferencias entre el duque Mauricio de Sajonia y el rey Fernando de Bohemia, hermano del emperador, en Passau (26 de mayo, 1552); conferencias á que dieron mayor importancia y solemnidad asistiendo como mediadores algunos príncipes, obispos y representantes de los electores y de las ciudades libres del imperio. Lo que en ellas pedía el duque Mauricio era lo mismo que decía en su manifiesto haberle movido á tomar las armas contra el emperador. Otorgarlo todo, parecía que era rebajar demasiado la alta dignidad de un soberano como Carlos V, y ni Fernando ni sus embajadores se mostraban dispuestos á concederlo. Era ya, sin embargo, tan vivo el deseo de paz

(1) «Quién pudiera saber (dice hablando de esta desastrosa huida un historiador alemán) lo que pasaba en el fondo del alma de Carlos!... Acaso en estos días infortunados concibió la resolución de deponer la corona, si una vez podía sosegar la tormenta, y renunciar al fausto del mundo para retirarse á una soledad profunda solo con el Eterno, con el Dios inmutable. Entonces volvió la libertad al elector de Sajonia, su prisionero. Su vista debía serle ya penosa; porque aquel elector, que hecho prisionero en la landa de Lockau se había arrojado á sus piés bañado en sangre demandándole gracia, le veía ahora fugitivo á través de montañas impracticables, enfermo, sin socorro, y perseguido por otro elector de Sajonia, á quien él, en tiempos de prosperidad, había hecho poderoso.»

(2) Concilio de Trento, Sesión 16.<sup>a</sup>—Pallavic. Hist. del Concilio.

entre protestantes y católicos, habían unos y otros sufrido tanto con las guerras, y se hacia tan temible aun á los adictos á la Iglesia romana el ejercicio del poder imperial absoluto en el pueblo alemán, que todos los mediadores se convinieron en escribir á Carlos rogándole libertase la Alemania del azote de la guerra civil, satisfaciendo en cuanto pudiese las pretensiones de Mauricio. La situación de Carlos era para meditarlo con madurez. La fuga de Inspruck le había hecho perder mucha fuerza moral: hallábase sin sus mejores tropas: conocía toda la astucia y toda la energía de su nuevo enemigo: tenía al francés dentro de sus propios Estados, y sabía que Enrique, como su padre Francisco, andaba provocando al turco contra él y contra su hermano, y excitándole á que obrara en Hungría y en las costas de Sicilia y de Nápoles: la España, disgustada del largo alejamiento de su soberano, y cansada de ver morir sus hijos y consumirse sus tesoros en apartadas regiones y en guerras inútiles para ella, repugnaba y dificultaba enviarle sus hombres y su dinero. Estas y otras consideraciones, por mas desagradables que fueran á quien se acababa de ver tan poderoso y había sido tantas veces vencedor, merecían pensarse antes de rechazar la transacción que se le proponía.

Para esforzar estas razones pasó Fernando en persona á Villach, residencia del emperador su hermano. Fernando las tenía también muy fuertes para desear por su parte la paz, y no era la menos atendible el ofrecimiento que Mauricio le había hecho de ayudarle personalmente y con todo su ejército en Hungría, siempre que aquella se estableciera sobre bases sólidas y firmes. Pugnaba, pues, el emperador entre los poderosos motivos que le aconsejaban la paz, y el sacrificio de amor propio de doblegarse á las exigencias de uno de sus antiguos súbditos que le debía todo lo que era, y de renunciar á un plan con tanto ardor comenzado y con tanta constancia proseguido. Fué, pues, su primera respuesta negarse á toda condición que le obligara á reconocer el libre ejercicio de la religión protestante; y pedir además la indemnización de las pérdidas que le había hecho sufrir el desenfreno de las indisciplinadas tropas de algunos confederados. Muy sobre sí estaba Mauricio para aceptar como admisible esta proposición, bien la considerara como formal negativa, bien como medio de entretenimiento. Y conociendo que la mejor manera de estrechar al emperador era mostrarse parte y obrar con resolución y energía, salió bruscamente de Passau, y dando por rotas las conferencias y poniéndose de nuevo á la cabeza de sus tropas, procedió á sitiarse formal y vigorosamente la ciudad de Francfort-sur-le-Mein.

Redobló entonces Fernando sus instancias con el emperador su hermano. Aflojó también Carlos de su primera dureza, y se prestó mas benévolo á oír las proposiciones de paz, con tal que Mauricio cediera también en algo en sus demandas. Y como el de Sajonia, á pesar de toda su aparente arrogancia, comprendiese bien lo temible que podía ser todavía un esfuerzo del emperador, poco á poco fueron ambos llegando á términos de poder concertarse y transigir. Volvió, pues, Mauricio de Sajonia á Passau, y todas aquellas pláticas y negociaciones dieron por fruto el tratado siguiente (31 de julio, 1552).

Que para el 12 de agosto los confederados licenciarian sus tropas, á no ser que quisiesen servir al rey de romanos, ó á otro príncipe, siempre que no fuese contra el emperador: que para el mismo día sería puesto en libertad el landgrave de Hesse, y conducido con seguridad á su castillo de Rheinsfeld, cumpliendo él lo que ofreció á Carlos cuando fué preso: que dentro de seis meses se celebraría una Dieta en la cual se decidirían todas las cuestiones religiosas: que entre tanto ni los unos ni los otros se perturbarían en el ejercicio de su respectiva religión y culto: que la cámara imperial administraría justicia imparcial é indistintamente á católicos y protestantes: que no se pidieran los daños hechos en esta guerra hasta que la Dieta lo determinara: que el marqués de Brandeburg pudiera ser comprendido en este tratado, con tal que desarmara y licenciara luego sus tropas: que los confederados se apartarian de la alianza con el rey de Francia, y que este pudiera exponer sus agravios al duque Mauricio, y el duque informar de ellos al emperador: que si la futura Dieta no lograba ter-

minar las contiendas religiosas, la parte de este tratado favorable á los protestantes quedaría válida para siempre (1).

Tal fué el célebre tratado de Passau, por el cual se vieron desvanecidos todos los grandes proyectos que por espacio de tantos años había formado y trabajado por realizar el emperador Carlos V sobre el imperio alemán, y principalmente para impedir en aquellos dominios la propagación de las doctrinas luteranas y el ejercicio de la religión protestante, la cual desde este convenio recibió una autorización pública y legal de que siempre había carecido. Así se frustraron también en gran parte los esfuerzos del concilio Tridentino por restablecer la unidad del dogma católico en la Iglesia cristiana. Este tratado, humillante para Carlos V, y mas por haberle sido impuesto por uno de sus vasallos que solo á la sombra de su favor había adquirido la importancia que llegó á alcanzar, señala el punto de decadencia del antes inmenso é ilimitado poder del emperador. Es igualmente notable y extraño que quien mas quebrantó el poder de Carlos y quien mas consolidó la reforma en Alemania, fuese el mismo que poco antes había ayudado mas á los triunfos del emperador, y á la destrucción de la confederación reformada. Por tan extraños caminos conduce la Providencia los sucesos y los encamina á sus altos y ocultos fines.

## CAPÍTULO XXIX

Carlos V y Enrique II de Francia

DE 1552 Á 1556

Campaña del emperador contra Enrique II de Francia.—Grande ejército.—Célebre sitio de Metz.—Páase al emperador el de Brandeburg con su gente.—Heróica defensa de Metz: el duque de Guisa.—Trabajos y calamidades del ejército imperial.—Desastrosa retirada.—Rebelión y guerra de Siena.—Descontento y alteraciones en Nápoles.—Armada turca en Italia.—Guerra civil en Alemania.—Muerte de Mauricio de Sajonia.—Refugiase en Francia el de Brandeburg.—Guerra entre franceses y flamencos.—El príncipe Filiberto de Saboya.—Enrique II de Francia en Flandes.—Se ve obligado á retroceder á su reino.—Guerra en el Piamonte.—Casamiento del príncipe don Felipe de España con la reina de Inglaterra.—Carlos V le cede el reino de Nápoles y el ducado de Milan.—Nuevas guerras entre Carlos y Enrique.—Estragos horribles de unos y otros ejércitos.—El duque de Alba, generalísimo de las tropas del Piamonte: su fama en Italia: lo que hizo.—Trama de un guardián de San Francisco para entregar á Metz, y su resultado.—Dieta de Augsburgo.—Reconócese la libertad de cultos en Alemania.—Sucesión de pontífices.—Paulo IV.—Su carácter.—Su odio al emperador.—Alianza de Paulo IV y Enrique II contra Carlos V.—Proceder de Carlos y de su hijo Felipe con el papa.—Abdicación de Carlos V en su hijo.

Por mas sensible que sea al historiador español tener tanto tiempo apartada su vista de España, durante la larga ausencia del emperador; por mas que se sienta ver como absorbida la nación por el imperio, forzoso nos es seguirle todavía algun tiempo en aquellos países: porque la figura gigantesca de Carlos V es tal que arrastra al historiador y le obliga, como obligaba á todos los hombres de su tiempo, á seguirle y contemplarle do quiera que estuviese ó se moviese.

Firmada, pues, la paz religiosa de Passau; libres después de cinco años de cautiverio los dos príncipes protestantes, Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia; cumpliendo el duque Mauricio con la obligación adquirida en el tratado de pasar con un ejército á Hungría á auxiliar al rey Fernando contra los turcos; quedando solos fuera del convenio, por una parte Alberto de Brandeburg, que prefirió seguir devastando con sus bandas de forajidos y saqueadores las tierras de Maguncia, Spira, Tréveris y Strasburgo, por otra el rey de Francia que no había sido comprendido en el concierto, el emperador Carlos V, reunidas las banderas de alemanes, bohemios, italianos y españoles que había empezado á juntar para la guerra contra Mauricio, y llamando á su servicio las tropas que licenciaban los confederados, determinó emplear todas estas fuerzas contra Enrique II de Francia. Como una mengua y una

(1) Colección de Tratados de paz, t. II.—Dumont, Corps Diplomat.—Sandoval, lib. XXXI, pág. 25.—Robertson, lib. X.

afrenta intolerable miraba Carlos las conquistas hechas por el francés en la Lorena, y se propuso recobrarlas. Partió, pues, el emperador de su retiro de Villach á la cabeza de un grande ejército, haciendo primeramente oír la voz de que iba á Hungría en socorro de su hermano, y fingiendo después que marchaba contra el de Brandeburg como contra vasallo rebelde, pasó sucesivamente á Inspruck, Augsburgo, Spira y Strasburgo.

Mas á pesar de la cautela con que procuraba encubrir su verdadero designio, no dejó de comprenderle ó adivinarle Enrique II de Francia, y resuelto á conservar á todo trance la plaza de Metz, encomendó su defensa al duque de Guisa, Francisco de Lorena, noble francés, valeroso, sagaz, activo, dado á ganar fama y renombre por medio de empresas gloriosas, y á quien por lo mismo se le reunió voluntariamente una gran parte de la nobleza y de la juventud francesa, con el deseo de pelear al lado de un jefe tan hábil y esforzado. Fortificó el de Guisa la plaza á propósito para resistir un sitio; derribó casas, destruyó arrabales enteros, y arrasó monasterios é iglesias, todo lo que pudiera favorecer la aproximación del enemigo. Cerca de Metz se había colocado el de Brandeburg, como amagando unirse al francés. En esta situación se acercó á Metz el ejército imperial, fuerte de sesenta mil hombres, y dió principio á los trabajos del sitio, cuya dirección y mando había encomendado el emperador al duque de Alba (octubre, 1552).

El de Brandeburg, á quien de uno y otro campo se hacían proposiciones y ofertas, como hombre que había mostrado ser de calidad de dejarse tentar por el interés, después de alguna vacilación concluyó por aceptar las del emperador que halló mas ventajosas, y se pasó á los imperiales con las cincuenta banderas y la caballería que acaudillaba. Causó esta resolución tanto enojo al rey Enrique, que en su despacho envió con gente al hermano del duque de Guisa (2), con orden de que empleara cualesquiera medios para matar al de Brandeburg. Mas en vez de ser este el sorprendido, se arrojó súbitamente con su caballería sobre la huerte francesa, y la arrolló y destruyó, haciendo prisionero á su caudillo.

Con el refuerzo que llevó el de Brandeburg al campo imperial, y con la gente que acudió de Flandes llegó el emperador á reunir un ejército de cien mil hombres, uno de los mas numerosos y lucidos que se había visto jamás: contábase en él seis mil españoles, cuatro mil italianos, cincuenta mil alemanes, los demás flamencos y muchos mercenarios; llevaba unas ciento y catorce piezas de batir, y quinientos mil caballos entre ligeros y de tiro. Carlos, á quien la gota tenía retenido en Thionville, se hizo trasportar al campo en litera (10 de noviembre) para activar y estrechar el sitio. Ni el de Guisa ni los nobles franceses dieron muestra de flaquear un momento, ni por verse rodeados de tan formidable huerte, ni por las brechas que en los muros abría su artillería, ni por los asaltos que con mas arrojo que buen éxito intentaran los imperiales. Señalóse este sitio por la firmeza imperturbable que conservaron siempre los sitiados. Contrariaba á los sitiadores el crudo y deshecho temporal de frios, aguas y nieves: inundaron estas su campo; los soldados, especialmente los italianos, y españoles, no pudiendo sufrir tan rigurosa temperatura, enfermaban y morían; sucumbieron también muchos de otras naciones, y las bajas del ejército llegaban ya á treinta mil. Cobijado el emperador á causa de la gota en su casita de madera, diariamente preguntaba qué tiempo hacia, y como nunca la contestación fuese lisonjera, «pues siendo así, dijo un día, no hay que esperar mas, sino que nos vayamos; pues la fortuna es como las mujeres; prodiga sus favores á la juventud, y desprecia los cabellos blancos.»

Levantóse, pues, el sitio de Metz (26 de diciembre) al cabo de dos meses de terribles padecimientos. La retirada del ejército imperial fué desastrosa; los campos iban quedando cubiertos de enfermos y de moribundos, y el duque de Guisa que los perseguía tuvo menos necesidad de manejar la espada

(2) A este hermano del duque de Guisa le da Robertson el título de duque de Aumale, Sandoval el de duque de Angulema, Saint-Prospere le nombra duque de Nemours.